

tranquilidad, paz, unión, todos los bienes de que gozas son dones de mis manos; con que yo lo quiera un solo instante, todo habrá desaparecido para tí, y la muerte !... Pero nó, pobre Hijo pródigo, más quiero tu conversión que tu muerte.»

Sí, hermanos míos muy amados, Jesucristo no quiere la perdición de los pecadores; Jesucristo quiere que nos convirtamos y que vivamos. Adorable y misericordioso Salvador, los que están en el infierno no os alabarán jamás... y los hijos pródigos convertidos os bendecirán para siempre en el cielo... Pero no cansemos su paciencia, no abusemos de su bondad; aprovechemos esta santa cuaresma para recobrar la gracia de Dios, para poner en regla las cuentas de nuestra conciencia; hagamos que la conversión de todos nosotros lleve la alegría al cielo, y atraiga sobre nosotros y los nuestros las más abundantes bendiciones...; Así sea!

## PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

### INSTRUCCION SEGUNDA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Dureza é insensibilidad del Hijo pródigo, imágen de la dureza é insensibilidad del pecador.

TEXTO. — *Pater da mihi portionem substantiæ, quæ me contingit.*  
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC., XV, 12).

EXORDIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo decía á los Judíos que querían apedrearle, es decir, matarle á pedradas: « Yo he hecho entre vosotros muchas obras buenas; decidme pues por cuál de estas obras me queréis apedrear... Yo he devuelto la vista á vuestros

ciegos, el oído á vuestros sordos, yo he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estos beneficios me queréis hacer morir?.. » Este lenguaje es el que emplea con cada uno de nosotros... Sí, cada pecador, si quiere concentrarse un instante, puede oír á este dulce Salvador que dice en el fondo de su conciencia: « Yo te he sacado de la nada, yo te he dado el sér y la vida, yo te he confiado á la custodia de mis Angeles, tú no vives sinó de mis beneficios: ¿por cuál de estos bienes quieres abandonarme?.. Tú me ultrajas cada día con tu indiferencia y con tus infidelidades: tú quebrantas mis leyes sin escrúpulo, tú abandonas mi servicio por el del demonio... ¿En qué te he faltado? ¿qué injurias has recibido de mí?... Contesta: ¿de qué te quejas?... Sobre esta ingratitud del pecador, que abandona á Dios apesar de tantos beneficios, es sobre lo que esta mañana insistíamos... Y encontrábamos una viva imágen de esta ingratitud en la conducta del Hijo pródigo para con su padre... Pero esta noche, hermanos míos, profundicemos más este asunto; meditémoslo con mayor atención, á fin de que lo comprendamos bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — En la partida del Hijo pródigo me parece ver todavía, á más de la ingratitud, ciertas circunstancias odiosas, circunstancias que se encuentran igualmente en la conducta del pecador cuando abandona el servicio de Dios. Sí, además de la ingratitud de que hemos hablado esta mañana, si queréis reflexionar, vereis que hay asimismo: *en primer lugar*, dureza: *en segundo lugar*, insensibilidad en la conducta de este hijo rebelde.

*Primera parte.* — Dureza... Vedle como emprende á aquel padre tan bueno, á aquel padre tan tierno: colócase en su presencia con la cabeza alta, el ademán altanero: « Padre, le dice con insolencia, dame la parte de la hacienda que me corresponde ». No se detiene á hacerse las siguientes reflexiones: « Cuando mi padre será viejo ¿quién le mantendrá?.. Si mi hermano obrase como yo, este pobre anciano estaría inconsolable; nadie estaría aquí para cuidarle en sus enfermedades; su vejez, que debería ser tan dulce, correría entre lágrimas y en el abandono; manos extrañas serían las únicas que cerrarían sus ojos y le bajarían á la tumba; esclavos y mercenarios serían los únicos que derramarían lágrimas sobre sus restos!.. » Nó, la pasión le

domina; ¡no ve más que la pasión!... ¿Qué le importa que su padre pase una vejez triste y desolada?. Tampoco le ha de ver... Estará lejos de él, y durante este tiempo él se divertirá entre los placeres y en el seno del libertinaje... Recoge todo lo que le pertenece, y en cuanto á los demás que se compongan como puedan... ¡Oh dureza de un alma embrutecida por las pasiones!.. Tal vez aquel miserable, en el fondo de su corazón hasta se alegraba de ver á su padre afligido; porque se han encontrado, y se encuentran todavía hijos, y hasta hijas, dichosos con las lágrimas que hacen derramar á sus padres, y que toman como un juego las penas que les causan... ¡Tal vez en su alma el pródigo deseaba la muerte de su buen padre, para poder estar más libre y no tener que oír más sus reproches!.. ¿No hemos visto algunas veces á hijos que desean la muerte de sus padres, para poder casarse á su capricho, ó para poder vivir desordenadamente?...

Hermanos míos muy amados, esta dureza del Hijo pródigo para con su padre, la imita el pecador cuando se rebela contra Dios... Hasta la edad en que hemos dejado de frecuentar los sacramentos, habíamos sido, apesar de ciertas infidelidades, hijos de Dios; le estábamos sometidos; pero acordáos bien del año, del día en que dejasteis de cumplir con vuestros deberes de cristiano... Entonces reclamasteis lo que creísteis que os pertenecía. Os pusisteis duramente, insolentemente en presencia de Dios, y le dijisteis con vuestras acciones, si no con vuestras palabras: « No quiero serviros más, reclamo mi libertad oprimida por vuestros mandamientos ». Recobrasteis esta libertad, y os habeis servido de ella para el mal; recobrasteis vuestro corazón, y lo habeis entregado al odio, á la envidia; recobrasteis vuestra inteligencia, y la habeis prostituído en el mal: vuestra imaginación se ha alimentado de fantasmas impuros, vuestra memoria se ha convertido en... ¿ encontraré una palabra con qué expresar mi pensamiento?... vuestra memoria se ha convertido en un receptáculo de inmundicias; habeis ovidado las verdades de la fé, tal vez hasta vuestras oraciones, para recordar innobles estribillos; vuestra boca, en vez de pronunciar sagrados cánticos y alabanzas de Dios, no conoce más que los acentos del libertinaje y de la licencia... Ved ahí lo que habeis hecho de la hacienda que reclamasteis: habeis querido, quisisteis recobrar todas

vuestras facultades... No os preocupasteis para saber si Dios, que os las había dado, tenía derechos sobre ellas... ¿ Dios?... Pero ¿ acaso vosotros, infelices pródigos, os habeis cuidado de él?... ¡ Quizás sólo habeis pensado en Dios para blasfemar de él!... ¡ Hasta quizás, para libraros de los remordimientos de vuestra conciencia y de los terrores del juicio, en el fondo de vuestra alma habeis deseado que no existiese!...

Pero nó, no exajeremos nada; supongamos que el Hijo pródigo no deseó la muerte de su padre; supongamos también que el pecador no ha deseado que Dios no le viese... Quiero hasta creer que, apesar de su aturdimiento y de la efervescencia de las pasiones, el Hijo pródigo pensaba en el porvenir, y que al dejar á su padre llevaba el propósito de volverle á ver un día... ¡ Y bien!... Esta previsión, este mismo pensamiento era una muestra de la dureza de su corazón; ella le hacía todavía más culpable: « Por de pronto, se dijo, voy á pasar mi juventud á mi antojo, léjos de este regañón importuno... Más tarde, veremos; si tengo necesidad de él, volveré; es tan bueno, que de seguro me perdonará y hasta me recibirá con alegría... » ¿ Qué os parece semejante manera de discurrir?... ¿ No es preciso ser desnaturalizado para abusar hasta este punto de la bondad de un padre, para decir: « Puedo entristecerle, afligirle, rebelarme contra él, insultarle: conozco perfectamente su cariño y sé que siempre que quiera volver á su lado, no necesitaré más que decirlo... »? ¡ Dios mio! ¡ Cuántos y cuántos pecadores hay, hermanos míos, hasta entre nosotros, que imitan en estas ideas al Hijo pródigo!... Si antes de abandonar el servicio de Dios, se presenta á su imaginación la idea de la muerte, del infierno: « Dios es bueno, se dicen, y más tarde, cuando seré viejo, volveré; él está siempre dispuesto á recibirme y me recibirá... » Y de este modo, en el momento mismo en que uno se rebela contra Dios, ya cuenta con su bondad, con su misericordia para ofenderle impunemente... ¿ Es posible comprender dureza semejante?... Dios es bueno: yo le ofendo, le irrito, me burlo de sus leyes; renuevo los dolores de su Pasión; pero estoy tranquilo, él me esperará, no me castigará, me hará la gracia de que pueda volver á él... ¡ Oh pecadores!

¡ Sí, nosotros somos tan ingratos, estamos tan endurecidos como el Hijo pródigo!...

*Segunda parte.* — Veamos ahora la insensibilidad de ese malaventurado Hijo... Su vicioso corazón está seco; nada puede conmoverle, nada le puede disuadir de su funesta resolución... En vano su padre, anegado en llanto, le da los consejos que le dicta el interés más tierno; en vano le dirige las más prudentes reflexiones. « Hijo mío, le dice, te conjuro á que no me abandones. Pon cuidado; Dios castiga á los hijos rebeldes á sus padres. Absalón se rebeló en otro tiempo contra David, su padre, y no ignoras de qué manera fué castigado... Colgado de un árbol, murió con el corazón atravesado por tres dardos... El Señor vengó de esta suerte en su sangre las lágrimas que había hecho derramar á su padre... ; Teme que Dios no te castigue y te pida estrecha cuenta de las lágrimas que á mí me haces derramar!... ¿ Ves, por el contrario, como, hasta ya en esta vida, son recompensados los hijos dóciles?... El jóven Tobías te puede servir de ejemplo: su padre era ciego; con el trabajo de sus manos le alimentó y le procuró alivio en sus males. ; Cómo escuchaba este dócil hijo las advertencias de su padre!... Mostróse el amigo, el sostén, el apoyo de sus padres; y por esto Dios le recompensó con toda especie de prosperidades... Imita su ejemplo, querido hijo, quédate al lado de tu padre. ¿ Qué será de tí lejos de mí, rodeado de acechanzas, cercado de falsos amigos, que abusarán de tu juventud?... Hijo mío, en nombre del cielo, no abandones á tu padre, no me causes este pesar... Tú sabes cuánto te amo, no laves á la tumba mi desolada vejez... »

Así se expresa el padre; y su desdichado hijo le escucha con los ojos enjutos y con aire distraído!... Apenas va á despedirse de él; todo está dispuesto ya para su partida, y el anciano intenta todavía un postrer esfuerzo sobre aquel corazón más duro que el bronce. — « Querido hijo, añade con voz temblorosa por la emoción, pues que nada puede detenerte, pues que quieras partir, á lo menos prométeme que volverás; no olvides en tus infortunios, que aquí hay un corazón de padre que te amará siempre, y unos brazos abiertos siempre para recibirte... » ; No es ésta suficiente ternura, no son éstos suficientes esfuerzos para retener á un miserable que quiere correr hácia su per-

dición?...; Deventurado!; Se aleja del mejor de los padres sin derramar ni una lágrima, sin experimentar pesar alguno!...; Oh! Decidme, Cristianos, ; quién no maldeciría á un tal hijo!...

Poco á poco, hermanos míos muy amados, poco á poco; antes de maldecir al Hijo pródigo, veamos si su historia no sería tal vez la nuestra... Cuando nosotros hemos querido alejarnos de Dios, abandonar su servicio, hemos sido tan insensibles como aquel pobre jóven y más todavía... Nosotros como él hemos afligido el corazón del mejor de los padres; nosotros como él hemos recibido de este buen padre las más tiernas exhortaciones... No reflexionamos lo bastante, oh cristianos, sobre la malicia del pecado, sobre el ultraje, diré casi el pesar que causa á Dios... Cien veces se nos ha repetido, y jamás hemos fijado en ello nuestra atención... Y sin embargo todo nos lo recuerda; limitémosnos á una sencilla consideración... Dícase que la primera vez que Adán conoció con toda claridad la enormidad de su falta, la circunstancia en que más amargamente la lloró fué á la muerte de su hijo Abel... Al ver á aquel hermoso jóven bañado en su sangre, con el rostro livido, los ojos apagados, las facciones desfiguradas, inspirando horror por la presencia de la muerte, acuérdate de que aquello es una consecuencia de su pecado... Al ver por vez primera lo que es la muerte, se deshace en lágrimas y toma la resolución de hacer una penitencia más rigurosa todavía que la que hasta entonces había hecho... Cuando nosotros entramos en una iglesia, cuando vemos un crucifijo, á Jesucristo representado en un tan lamentable estado, todo cubierto de su sangre, coronado de espinas, apagados los ojos, pálidas las mejillas, lívidos los labios, la boca seca y alterada, los piés y las manos traspasados con los clavos, ¿ cómo es que no comprendemos lo que es el pecado?... cuán odioso es á la augusta Trinidad, cuántas lágrimas y cuántos padecimientos costó á Jesucristo?... ¡ Ah! Si pensásemos en esto cuando estamos á punto de separarnos de Dios, cuando queremos abandonar su servicio, ¿ tendríamos el triste valor de ultrajar, de afligir á un Dios tan bueno, que tanto nos ha amado?... (1)

Os recordaré los consejos que el padre del pródigo le daba á su hijo,

(1) Conf. el P. Le jeune, sobre la penitencia.

las paternales exhortaciones que le dirigía antes de su partida... ¿ Creéis que Dios no nos dice nada cuando queremos separarnos de él?... ¿ Creéis acaso que no habla al corazón del pecador?... Si no oímos su voz, hermanos míos muy amados, es porque no la queremos oír.... ¡Y sin embargo, esta voz habla bastante récio!... Unas veces se manifiesta por los lábios del pastor que nos instruye; otras veces habla en nuestra conciencia, ora vertiendo en ella buenas inspiraciones, ora despertando en ella los remordimientos: en otras ocasiones, los acontecimientos mismos que vemos verificarse á nuestro alrededor son los que para nosotros se convierten en la voz de Dios... Oigamos pues lo que esta voz nos dice: « Pobre pecador, tú abandonas el servicio de Dios, tú quieres alejarte de él, y permanecer en estado de pecado mortal; pon cuidado; Dios castiga á veces de una manera terrible á aquellos que le abandonan.. ¿No ves cada año esas muertes repentinas, inesperadas, imprevistas, que arrojan al pecador, tembloroso y sin preparación, al tribunal de Dios?... ¿No ves esas muertes, igualmente tristes y casi no menos terribles, de tantos desventurados, que esperan para prepararse á ellas que llegue la última enfermedad?... Pobres enfermos, sus cuerpos son únicamente los que reciben la unción de los moribundos; pero ¿dónde está su contrición, dónde está su arrepentimiento?... ¿Está perfectamente aliviada su alma?... ¿No ves cada año algunos de estos aterradores ejemplos? Los habrá antes de pocos meses, tal vez antes de pocos días... Tal vez seas tú el que sirvas de ejemplo; pon cuidado... ¡Ves en cambio á esos que son buenos cristianos, [cómo les recompensa Dios!... ¡Cuán bella es su muerte, santificada por la fé, endulzada por la esperanza, dulcificada por el amor!... Imita estos ejemplos; sé buen cristiano; ¡ah! te lo suplico en nombre de tu eternidad, no dejes á tu Dios y á tu padre; correrías demasiados peligros. Quédate, permanece á su servicio, no te alejes de él... » Ved ahí, hermanos míos, lo que Dios hace oír en nuestra conciencia, cuando nosotros queremos alejarnos de él.... Y nosotros, como el Hijo pródigo, permanecemos sordos; nuestros corazones son más duros que la roca: una pasión funesta nos arrastra, nada nos puede detener...

Sin embargo, infelices pecadores, Dios no nos abandona todavía, nos suplica; no queriendo retenernos á pesar nuestro, nos dice como

el padre del pródigo á su hijo: « A lo menos prométeme que volverás; en tus infortunios, no olvides que mi corazón está aquí dispuesto á amarte; que mi misericordia está siempre dispuesta para recibirte.. » Y apesar de tantas bondades, nosotros partimos con los ojos enjutos, sin pesar, sin remordimiento... ¡Qué digo! experimentamos no sé qué loca alegría al abandonar al mejor de los padres!... Amados hermanos míos, ¿tenemos acaso más duro el corazón, más insensible que las piedras?... ¡Angeles del cielo, no nos maldigais!...

PERORACIÓN. — Pero, una nueva consideración se presenta á mi espíritu al terminar esta instrucción. Como que en la historia del Hijo pródigo no se ha hablado de su madre, me figuro que no la tendría, que tal vez la muerte se la habría arrebatado... Y me pregunto: ¿qué es lo que él habría hecho si hubiese tenido á su madre?... ¿Habría tenido también el triste valor de abandonarla?... ¿No se habría visto contenido por el temor de disgustarla?... Tal vez habría cedido á sus tiernas exhortaciones. ¡Es tan dulce el rostro de una madre, y además es tan bueno su corazón!... Podemos pues pensar, que si hubiese tenido á su madre, quizás no habría partido... Y nosotros, pecadores, y vosotras niñas, vosotras mujeres que me escuchais, nosotros todos, queridos hermanos, cuando hemos abandonado el servicio de Dios, cuando nos hemos separado de él, teníamos una madre... ¡Sí, dulce y santa María, os teníamos por madre!.. ¡Oh! somos mil veces más culpables todavía, más duros, más insensibles que el Hijo pródigo.... Madre llena de ternura, vos uníais vuestras apremiantes exhortaciones á las de Jesucristo, vuestro divino Hijo. « ¡Hijas mías! decíais á esas jóvenes, ¿porqué abandonais mi altar; porqué renunciáis á la piedad, á la modestia, al pudor que yo hacía florecer en vuestras almas? Quédaos, quedáos á mi servicio: léjos de aquí os aguardan las penas, los remordimientos, la vergüenza tal vez y el escándalo. » ¡Y sabe Dios, en efecto, lo que muchas jóvenes han encontrado al abandonar los sacramentos!.. Vuestro ejemplo, Virgen santa, nos predicaba á todos nosotros, pobres pecadores, la fidelidad; vuestra protección aseguraba nuestra perseverancia. Mas ¡ay! os hemos abandonado, como hemos abandonado á vuestro Hijo; nuestra madre celestial no nos ha podido contener; hemos desatendido sus lágrimas, su amor... ¡Oh bondadosa y santa

Virgen, alegría, amor, esperanza la más dulce de mi corazón! Vos sois la madre de gracia, la madre de misericordia. *Mater gratiæ, mater misericordiæ*; tened piedad de nosotros, alcanzadnos perdón y misericordia: vos sois el refugio de los pecadores, sed el mio, sed el nuestro... Ayudadnos durante esta santa cuaresma á hacer una buena confesión, á volver sinceramente á Dios... Conducid al padre de familia á los infelices hijos pródigos que le han abandonado; santa Madre de Dios, rogad por nosotros ahora, rogad por nosotros en la hora de nuestra muerte... ¡ Así sea!

## SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

### INSTRUCCION PRIMERA.

PRIMER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Su eficacia.

TEXTO. — *Facite fructum dignum pœnitentiæ.* Haced dignos frutos de penitencia.

(MAT., III, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo pasado, durante la santa Misa, hablámos de la ingratitud del Hijo pródigo; y por la noche, continuando el mismo asunto, hablábamos de la dureza, de la insensibilidad con que había abandonado á su padre. Más adelante, como ya os lo anunciaba, meditando esta parábola, encontraremos en ella todavía otras enseñanzas, otras lecciones que tendremos que aplicarnos á todos nosotros, infelices pecadores. Digo á todos nosotros, porque en efecto todos tenemos necesidad de la misericordia de Dios; y, como dice el apóstol san Juan: « Si alguno pretende estar sin pecado, es un mentiroso, un orgulloso y un hipócrita... »

Confesemos todos, vosotros que me escuchais, tanto el más viejo como el más joven, lo mismo yo que os hablo que el niño más inocente del catecismo; confesemos, digo, que todos nosotros nos parecemos por algun lado, en alguna cosa al Hijo pródigo; que todos nosotros tenemos necesidad de que la misericordia del buen Dios nos acoja y nos perdone... Pues bien, hijos míos, y vosotros, mis amados hermanos, tengámoslo bien presente, al principiar esta santa Cuaresma, la misericordia de Dios nos tiende sus brazos... No la despreciemos; seamos fieles á su llamamiento. Para determinaros á contestar de la mejor manera posible á sus apremiantes invitaciones, tengo la intención de hablaros, cada miércoles, del sacramento de la Penitencia, una de las más amorosas invenciones de la bondad divina para con nosotros.

Con frecuencia se nos ha dicho que una buena comunión es la que ha sido precedida por una buena confesión; para recibir bien la sagrada Eucaristía, es menester haber recibido antes el sacramento de la Penitencia con las disposiciones requeridas. Sobre este punto versarán, hermanos míos, nuestras breves instrucciones del miércoles por la noche.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Hoy me detendré únicamente en dos pensamientos: ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? ¿Cuál es su eficacia?

*Primera parte.* — ¿ Qué es el sacramento de la Penitencia? Antes de que yo abra la boca, todos vosotros habreis repetido la contestación dada por el Catecismo: « La Penitencia es un sacramento establecido por Nuestro Señor Jesucristo, para perdonar los pecados cometidos después del Bautismo. » Esta es, ¿ no verdad? la contestación que os ha venido á la imaginación... Está muy bien, hermanos míos; os felicito por haber conservado no solamente en vuestra memoria, si que también en vuestros corazones estas enseñanzas que os fueron dadas cuando, jovencitos aún, os preparabais para hacer vuestra primera comunión... Pero yo quisiera completar un poco esta contestación y haceros comprender bien lo que es este admirable sacramento...

Tomemos las cosas desde un poco más arriba... El hombre, como sabeis, ha sido criado para el cielo, es decir para una felicidad eterna;

Tom VI.